

La factible continuidad del discurso de Ramón Carande

Pasando las hojas de un cuaderno de Ramón Carande encuentro un poema anónimo, éste, que me atrevo a pensar que es suyo:

A la visita
asidua
invisible
que desde lo alto, volteando,
envía a este recinto
que llenan de resonancia
las campanas de la Giralda
en su voz limpia y jubilosa
a la hora de vísperas.

Viene en un cuaderno menor, de pasta dura, que encabeza cita de Tolstoi, borrador, el cuaderno, la mayoría, del *Carlos V*. Son versos que saben algo, no mucho, a Enrique de Mesa, Moreno Villa, Salinas... En la primera edición de *Presagios* figura una foto del Salinas sevillano en una azotea, teniendo tras él la Giralda. Ramón Carande compró, y así lo fecha, el 11 de marzo de 1910, *Vendimión* de Marquina, y en junio la traducción que éste hiciera de *Los simples* de Guerra Junqueiro. En otro libro de poesía de la época estaba una hoja suelta con versos balbuceantes. Todos esos poetas, y otros más —Guillén, Dámaso, Gerardo...— fueron amigos suyos. También se conoce algún poemilla dedicado a sus nietos, en tarjetas postales, cual mensajes, a los que añoraba. Pero no, no vamos a inquietar el merecido ¿qué nos queda decir?, descanso de don Ramón con la amenaza de que se va a publicar un libro suyo inédito... de versos.

También se conoce suyo algún dibujo. Que no está nada mal, por cierto. Un retrato caricatura de Manolete, algún bosquejo... el mejor, y su existencia alegrará a Antonio Blanco Freijeiro, especialista en ellos, es el de un cochinito, si no berraco, tumbado, durmiendo ese tan apacible sueño animal, tan característico de la dehesa extremeña, por donde gustaba disfrutar su descanso, incansablemente laborioso.

Con verdadera delectación, en muchos de sus 54 cuadernos de trabajo dedicados a *Carlos V y sus banqueros*, reproduce, copiándolas, firmas y rúbricas de mercaderes y personajes de alcurnia de la época... también sellos y orlas. Pero nunca tuvo la intención, sí de emularle, de ganarle la partida, a lápiz, a Julio Caro.

Tras recorrer, sólo someramente, y ordenar, inicialmente, 149 cuadernos de muy distintos tamaños, algunos hasta de 500 páginas, otros libretas meramente de bolsillo, de sus escritos y revisar, algo más que por encima, no del todo, fichas, carpetas y archiva-

dores, se puede entender que hay toda una parte de la obra de Ramón Carande ignorada y digna por tanto de darse a conocer.

¡Qué mundo tan increíble aquél en el que se movía este hombre, de umbral adentro, de papeles a través! ¡Qué mundo tan denso y tan suyo! Sin dejar de estar atento al mundo de los demás, para lo cual dejaba la puerta abierta.

—Don Ramón, ¿se puede?

Nos imaginamos la escena según la cuenta Miguel Maticorena en un artículo de *ABC* de 1969. Y don Ramón le contesta:

—Espere un momento: ahora le atiendo...

En esos cuadernos registra, casi telepáticamente, el impulso que acaba de recibir —los cuadernos viajaban con él a todas partes— bien en forma de manuscrito que transcribe, documento que desflora, dato que encuentra o lectura sugerente, a la vez que al resuello de su reflexión instantánea, un apunte. Acumula así incitaciones; luego, más tarde, llegará el redactar. Primero en borrador, también a mano, luego dictando. Nunca supo —o quiso aprender a— escribir a máquina. Si dictaba a persona afín, cual fue su caso, atemperada a sus maneras, ello le daba la ventaja de la pausa para hacerlo bien. A su gusto. Remataba así una manera de trabajar propia.

En esos cuadernos que deja escritos, numerosos, minuciosos, y ordenados, en lo que cabe, con su personalísima letra que no enrevesada para el que se haya acostumbrado a ella, deslumbra la cuantía de su riqueza. La densidad del cónclave evocado y la peculiaridad de aquel mundo. Su manera, por ejemplo, de leer el libro de interés. Primero subrayaba a lápiz los párrafos escogidos, después los trasladaba a sus cuadernos, comentándolos, si no era en el mismo margen, como —se dan tres ejemplos contrapuestos— *Das Zeitalter der Fugger* de Ehrenberg, *España en su Historia* de Américo Castro o *El discurso a las juventudes de España* de Ramiro Ledesma Ramos, tan dispares, tan sugerentes cual le fueron. Cito uno más, hoy de tan subrayado a lápiz, usaba también regla, casi ilegible: *La Rosa de Fuego* de Joaquín Romero Maura. Cotejos singularísimos. Su incitante manera de seguir una sugerencia. Su búsqueda de pistas que le condujesen al hecho. O su manera de interpretar. O de entender. «Nos advierte don Ramón —cuenta Julio Caro Baroja en una reseña que hizo del *Carlos V* para *Revista de Occidente* (1968)— en el párrafo final de la introducción del tomo tercero, que sus maestros pertenecen a otro tiempo, que él adopta el método narrativo y nada más. Pero acaso no haya procedimiento más demoledor para destruir síntesis falsas, teorías ligeras y atrevidas, concepciones falazmente ingeniosas, que el de poner los hechos uno detrás de otro.»

Algunos de sus cuadernos de trabajo, si no todos, son perfectos puzzles donde engranan las piezas con holgada justeza, globalizando un todo plural, por la variedad de temas que se abarcan, y singular, por su calidad y hondura. Dignos de publicarse.

De sus muy frecuentes viajes, en aquellos cuadernos, cartas y otras páginas, escribió detalladas crónicas. Ya de uno de ellos, a estas fechas, se publica anticipo, de aquel que realizó a su regreso (1953) a Europa lleno de ilusión, nostalgia, ¡ay! e inquietud: la Europa que recupera está en ruinas. En una libreta de hule negro de bolsillo escribe

sobre su viaje a Madrid en junio de 1945. Cuenta del avatar, aún tardaría cuatro años en hacerlo, de su ingreso en la Academia.

Hay relato suyo de otro viaje a Baeza y Úbeda (1954), a Castilla (1975), al Rhin, un crucero, por el que le acompañé (1960) y más de uno a Italia, encabezado por aquel del que dio primicia en *Galería de raros* cuando fue acompañado por Pablo Gutiérrez Moreno (1922). Con sus minuciosas descripciones, cual acostumbraba a hacer sin concederle demasiada importancia, amena y a la vez atenta descripción de lo que ve, todos ellos pueden perfectamente englobar un su *Libro de Viajes*. Se está en ello.

De *Galería de raros*, ese libro que escribió un día cuando renunció, según sus palabras, a más empeñada dedicación, como liviano ejercicio de menor esfuerzo, ese incomparable libro, tan diferente y tan suyo, tan literario y tan preciso, algo mucho más denso que lo que su ambiguo (y bello) título precisa, crónica fidedigna de todo un tramo dilatado de la vida, suya y nuestra, española, tenía escrito prólogo, el que desechó para dejar paso al admirable de Rafael Pérez Delgado que incluye. Pero este prólogo bien podría encabezar otra galería suya publicable, ahora *de amigos*, de fácil reunión. Allí podrían ir las semblanzas que hiciera de Castillejo, Juan Lladó, Ortega y Gasset, Flores de Lemus, Marañón, del mismo Pérez Delgado... más otras no menos enjundiosas, como las de Romero Murube, Viñuales, Duperier, Sopena Boncompte, Knapp, Ramón Gómez de la Serna, ... sus mismas recreaciones, en discurso de contestación, de Ferrari, Valdeavellano, Julio Caro Baroja o Díez del Corral y algún que otro raro, que no incluyó y sí dejó escrito, como su retrato del cardenal Segura, también su amigo.

En un cuaderno de 1946/47 titulado *Simancas 1947 RC Carlos V 2.º* viene reproducida la portada del *Tractado de las Rentas de los beneficios eclesiásticos* (etc.) del doctor Martín de Azpilicueta, impreso en Valladolid por Adrián Ghemart en 1566 y una cita, «los preladados tengan poca alhaja y recámara; que su mesa sea pobre; que sean contentos con solo el comer y el vestir moderado; que no hagan gastos suntuosos; no sean delicados; que no enriquezcan a sus parientes...» ¿Si Rubén Darío le dio el título de los *Raros*, y Ehrenberg la idea del *Carlos V y sus banqueros*, no sería este *Tractado* el germen de sus *Dineros de San Pedro*?

Fue en Roma, después de fracasar en la inmensidad del archivo vaticano —cuenta— por haberme faltado orientación y paciencia, donde me amparó la fortuna, encarnada en la asistencia del profesor de la Universidad Gregoriana Pedro A. Leturia, insigne jesuita. Me condujo al archivo de Estado en Roma, y en él descubrí un impresionante caudal de documentos procedentes de la colectoría general de la cámara apostólica en España, cuando era nuncio y colector general Juan Poggio...

Desde 1953 entonces y desde 1969, en firme, se dedica al tema, al escalofriante asunto de poner en pie las cuentas de los dineros entregados por España a la Santa Sede, exacciones que se recolectarían «hasta cerca de las postrimerías del siglo XVIII». Viajó a Toledo, Santiago, Lugo, Mondoñedo, Orense y Plasencia, investigando en sus archivos episcopales, y a *otras diócesis más alejadas* de su residencia. Algo publicó de su trabajo en el *Boletín* de la Academia, algo redactó, pero quedó inacabada, con muchos materiales reunidos, su investigación. Renunciaba a ello para dedicarse al liviano ejercicio de menor esfuerzo de culminar su *Galería*. Aquel mismo día de Madrid en que hablara